

CUENTO N° 104

TÍTULO: LOS PESCADORES TERRESTRES

SEUDÓNIMO: TUNEL

AUTOR: GABRIEL ANGEL ARRAZA

LOS PESCADORES TERRESTRES

TUNEL

Cuatro mariscadores se hicieron a la mar en Iquique, en la caleta Chanavayita, un día martes; el tiempo era hermoso, así lo comentaban estos trabajadores del mar chileno, que poco acostumbraban a hablar de las condiciones climáticas, al iniciar las faenas, ya que enmudecían siempre al oír el ronroneo del motor fuera de borda, alejándose de la orilla y arreglar sus aperos, trajes e implementos que debían usar en esta difícil profesión de extraer desde los fondos marinos, apegados a las rocas, los moluscos o arponear algún pez en su mira y luego venderlos en el mercado informal de los rematadores que los llevan a los sitios públicos de muelles y caletas y sacar su parte de ganancias.

Navegaron hacia el norte, deteniéndose a veces a atisbar la costa para poder fondear en el mejor sitio de pesca, y sumergirse en las profundidades. Este día era claro, el mar limpio y calmado; uno de ellos se ha colocado en la proa e indicar que allí en una saliente de rocas, hay una ensenada con agua calmada, muy propicio para anclar; los demás compañeros también visualizaron que era el sitio de ese día. Así la embarcación de 8 metros de eslora, se pone a la gira, comenzando los buzos en los preparativos para sumergirse; el marinero más viejo, queda para la mantención de mangueras y cables en cubierta de la embarcación.

Se sucedieron los minutos, y todo iba sin contratiempo, viéndose en la superficie, las burbujas y una pequeña estela que dejaban los cables y mangueras, indicando el trayecto de los buzos que tendrían el trabajo de desprender de las rocas, los mariscos. Así fue: después de media hora, todo queda en esa calma muy profesional, solamente animada por algún canto de gaviotas o cormoranes que aletean yendo hacia el sur en el cielo despejado. Abajo sumergidos, los hombres de mar vestidos con el traje de goma, van llenando el morral, adosado a su cuerpo en la cintura, abierto en la parte delantera.

La jornada fue tomando tiempo, alargándose, tanto, que no fue habitual que así sucediera. Además, las mangueras y cables se habían destrenzado y no obedecían a los códigos que daba el marinero de cubierta con tirones de dos o un tiempo. Alarmado el pescador, se agacha, hasta casi rozar el agua, tirando una y otra vez insistentemente, pensando por el tiempo transcurrido,

que algo horrible pasaba; una desgracia estaba sucediendo.

Allí abajo, sumergidos, estaban los tres buzos, que habían encontrado una cueva de unos 5 metros de diámetro irregular, horadado en plena roca y cubierta con musgos y huiros que ahora por la claridad del día, habían descubierto. Todos quisieron entrar por entremedio de esa vegetación acuática, penetrando algunos metros por lo que fue motivo del corte de las mangueras y cabos que lo ataban a la superficie. Al traspasar aquella abertura, notaron que desde el interior de la caverna, había una fuerza igual a la del mar que quería entrar, por ello había oxígeno y podían muy bien respirar, lo que ya no dependía de trajes especiales, y que fue motivo de la incertidumbre de la superficie, creyéndolos ya ahogados.

Ahora, los tres buzos, eran caminantes de ese pasadizo, iniciándose la exploración del lugar y que para ellos era muy extraño, sintiéndose fascinado por lo que miraban, pues la cueva se agrandaba a la medida que penetraban en ella, llegando a una especie de barandas en el techo, que desprendían una luz azulada donde podían observar las colosales dimensiones de la caverna. En las paredes tenían una criptografía vista por primera vez por estos hombres de mar que solo conocían de peces y rutinas marineras, redes y nombres de su habitual profesión, era fascinante estar allí.

Entretanto, se habían congregado, botes de salvamento, autoridades, algunos familiares que lloraban. En la noche se instalaron focos de unas embarcaciones de la Armada Nacional.

La superficie estaba intranquila y muchos comentarios eran negativos de la suerte corrida por estos mariscadores.

Pero todo lo acontecido, a los hombres de la cueva ahora, no les importaba nada, pues había en ellos, una somnolencia cerebral que los envolvió, cayendo en una aventura de lo más maravillosa, y así, parados en medio de ese templo, veían coloraciones jamás vistas: figuras extrañas, sonidos nunca percibidos, que hacían encantar sus mentes y reían de buena gana, tanto, que tomados de la mano, todos empezaron a danzar al compás de una música delirante y rítmica; era como que estuviesen en el séptimo cielo.

Por el ejercicio y agotados ya, se fueron a sentar en una especie de montículos blandos. Como desde que entraron, dados los acontecimientos, no habían conversado, el dialogo fue de impresiones y como podían alimentarse, pues todo el ejercicio, le provocaron un apetito feroz.

Observando el entorno, allí sentados y mirando hacia las paredes húmedas que lo circundaban, habían unas especie de flores de colores lilas, anaranjadas, rojas y blancas, y como la distancia era cerca, se levantaron y desprendieron algunas de éstas, probándolas cuidadosamente primero y después comiéndoselas; cada color era de distinto sabor y sus pétalos eran gruesos. Así calmaron sus apetitos pues luego Morfeo hizo de las suyas y todos acurrucados roncaron plácidamente. Al otro día, la dieta fue de otras flores, de color distinto a las primeras saboreadas con sabores ricos al paladar, e incluso una redonda como platillo, sabia a hamburguesa. Con ciertas provisiones, reiniciaron la marcha por el amplio túnel de flores, ni siquiera pensaban ya en sus familiares. Estaban fascinados en la aventura, ya habían pasado dos meses del excursionismo fantástico, caminando por este túnel subterráneo.

A los 62 días, después de hacer jornadas de 8 kilómetros diarios, se encontraron que el paisaje iba cambiando, ahora era agreste y seco. Era imposible regresar; solo quedaba seguir adelante en su aventura; así llegaron a una galería que expelía aire desde abajo hacia arriba, se sentía en sus cuerpos como sopro suave. Siguieron en la dirección de ese nuevo aire y llegaron a una segunda galería con una explanada bastante amplia donde había esqueletos secos de humanos y animales. Como el ascenso había cansado sus cuerpos, acordaron dormir y seguir al otro día.

Los días los calculaban solamente, por ello cuando despertaron, creyeron que ya era otro día para hacer otra jornada, esta vez también agotadora, ya que iban de galería en galería, hacia arriba, viendo más esqueletos, y esta vez algunas maquinarias antiquísimas, oxidadas y perforadas por el tiempo. Cuando ya no quedaban fuerzas, se vio una redondez, encima de ellos donde, sin ninguna dificultad sabían que eran estrellas, esas que alguna vez guiaron sus navegaciones por el océano; entonces llenos de gozo después de tres meses, llegaron a la superficie del desierto pampino.

Así fue la última descansada, allí en medio de la camanchaca de Tarapacá con mucho frío, esperaron el día, para andar el último tramo hacia la carretera de un camino rural, donde un camión lleno de ripio, los llevo a Iquique, presentándose así a la Gobernación Marítima como desaparecidos, explicando lo vivido, lo que la autoridad no creyó.

Habían salido por la mina abandonada de Huantajaya y se habían demorado más de dos meses en andar como topos, por debajo de la tierra, sobreviviendo comiendo flores misteriosas.

Hoy este camino está cerrado para los débiles, o los que no saben dónde hay que entrar en el mar y encontrar la cueva que los lleve a esta gran aventura por debajo de galerías llenas de misterios y soledades. Los protagonistas de esta caminata, ya están muertos, hace mucho tiempo, sus familiares han dado testimonio de esta fantástica vida subterránea contada por sus protagonistas y que hoy hemos podido saber. La estrada no se encuentra ahora a pesar de las búsquedas de extranjeros, que con instrumentos actuales rastrean la posible puerta de entrada allá en la ensenada marítima.

